

Imperialismo y educación en América Latina

El alcance ideológico de las teorías pedagógicas norteamericanas sobre el sistema educativo latinoamericano, para muchos, siempre ha sido bastante obvio. Faltaba, sin embargo, un estudio profundo de los contenidos de la penetración y, aún más, una interpretación de los modos que asume el discurso pedagógico imperialista en América Latina.

Este es el hueco que intenta llenar el libro de Adriana Puiggrós, "Imperialismo y educación en América Latina" (Editorial Nueva Imagen, México, 1980, 234 páginas).

Las críticas al funcionalismo, al althusserianismo y al desarrollismo aparecen sin panfleto y con fundamentos, a partir de una lúcida revisión de los efectos de la dependencia, la lucha de clases y los sistemas educativos vigentes en lo que Martí llamó "nuestra América". Así, "los elementos de mayor importancia que tienen en común los sistemas educativos de América Latina son básicamente dos — dice la autora —: La innecesidad de que el sistema escolar forme masivamente mano de obra... y la necesidad de que el sistema escolar garantice la educación de los dirigentes". Un enfoque aparentemente fatalista, que inmediatamente ella misma se encarga de desvalorizar, cuando advierte que "las inten-

ciones del imperialismo no se convierten automáticamente en políticas exitosas puesto que para ello deberían lograr el triunfo sobre las fuerzas sociales que intentan dominar".

De alguna manera, Puiggrós se inscribe en la necesidad de quebrar previamente los mitos del progreso, para lo cual analiza las raíces ideológicas del "norteamericanismo", término en el que sigue a Antonio Gramsci, quien afirmaba la no transplantabilidad de esa ideología.

La ruptura del mito, por otra parte, recuerda a los trabajos del revisionista argentino Arturo Jauretche, uno de los ideólogos de la izquierda peronista (línea en la cual se inscribe Puiggrós), cuando en 1959 decía que "el mito del progreso indefinido excluyó todo análisis de la realidad y de las causas sociales y económicas y de los factores de cultura, para subordinar sus conclusiones a la premisa previa llamada científica, por donde, en nombre de la ciencia, se prescindió en absoluto de todo método científico de información e interpretación".

Y decía Jauretche que "la nación es una vida, es decir, una continuidad", para luego señalar que la comprensión del país concreto (como categoría opuesta al "país abstracto") requería pensar "una política nacional (que

exige pensar en el país como es, en su geografía, en su población, en su economía y en su cultura".

Exactamente esa pareciera ser la línea predominante en el libro de Puiggrós, en el que campea un sentido de lo nacional, pero de lo nacional latinoamericano que no es demasiado frecuente encontrar en estos tiempos de abstracciones y de chovinismo.

Lo dice la autora, cuando explica cómo a pesar de los esfuerzos de las oligarquías liberales (por ejemplo en el caso de Argentina) no pudieron impedir el surgimiento de movimientos populares (el yrigoyenismo, el peronismo, el varuismo, el cardenismo) los que ratificaban que "la tan combatida 'barbarie' seguía existiendo con sus características antipatronales, antimperialistas y populistas, a pesar de muchas décadas de escolaridad". Y explica, entonces, que en Argentina, en esos momentos críticos de la lucha de clases, "no se enfrentaron escolarizados y no escolarizados, sino clases sociales con intereses antagónicos". Aspecto que retoma, con el sentido continental apuntado, cuando en la conclusión Puiggrós señala: "Las ambiciones del imperialismo chocan, sin embargo, contra 'obstáculos' quizá insalvables para sus objetivos, en América Latina. Unos los llaman barbarie; otros los llamamos experiencia y cultura de civilizaciones expoliadas, violadas, poseedoras de una centenario fortaleza que les ha permitido el desarrollo de procesos ocultos de reproducción de lo suyo y les ha posibilitado levantar vallas frente al avance de otra civilización".

Es a ellas a las que temen, evidentemente, los teóricos de la educación y la pedagogía imperial, a los que refuta la autora a lo largo de estas páginas, preñadas de un tono polémico, erudito y a la vez implacablemente antim-

perialista.

"El farrago, el farrago es lo que nos mata", escribía Alfonso Reyes en 1941, cuando a propósito de los valores de la literatura hispanoamericana él también se preocupaba por la penetración y, aunque sin un análisis ideológico, también apreciaba la importancia de lo que se podría llamar la resistencia cultural latinoamericana. "Al mundo no debemos mostrar canteras y sillares — escribía Reyes —, sino a ser posible edificios ya construidos. De lo contrario tendremos que resignarnos a ser mal entendidos; o a que los extraños nos hagan el edificio conforme a perspectivas desviadas; o lo que es peor, a que este edificio pretendan lavarlo los supernumerarios de las culturas extranjeras, los que no encuentran ya cabida dentro de su propio terreno."

Y es que, pareciera, la lucha por la cultura propia, por intentar lo que Puiggrós llama "la construcción de una pedagogía que contribuya a establecer vínculos transformadores entre los intelectuales y las masas, entre la teoría y la práctica, entre la reflexión y la acción transformadora", no puede prescindir del previo, exacto conocimiento del discurso imperial. Discurso que, muchas veces, "incorpora interpelaciones de las clases populares latinoamericanas, subordinándolas", en el aspecto quizá más cínico de la dominación cultural, para lo que suele "articularse con el discurso pedagógico de las clases dominantes nacionales", naturales aliadas de sus modelos imperiales.

A ese previo, exacto conocimiento, contribuye esta obra necesaria que, no por ríspida y erudita, deja de ser imprescindible para la comprensión cabal de los verdaderos significados de la dominación imperialista.

EXCELSIOR

Posible Autoabastecimiento de Petróleo, Prevén en Argentina

BUENOS AIRES, 7 de noviembre. (EFE)—En su edición de hoy, el semanario argentino El Economista dijo que "los actuales empresarios están electrizados por las versiones —prácticamente confirmadas— de que se ha descubierto petróleo en el mar austral". "El éxito estaría a cargo de la plataforma Interocean II, que trabaja en la zona de concesión otorgada frente al canal de Beagle, señaló el periódico, que se edita en Buenos Aires.

El hecho, de una extraordinaria connotación económica, porque abre la posibilidad de autoabastecimiento petrolero argentino a corto plazo, tiene también "implicaciones geopolíticas, debido a que el descubrimiento se encuentra muy cerca de la zona del litigio con Chile", recordó el semanario.

La instalación de esa plataforma provocó un incidente con fuerzas aeronavales chilenas, que alertaron a los técnicos de la misma para que se alejaran de la boca del Estrecho de Magallanes. Pero el episodio posteriormente fue minimizado por las autoridades de Argentina y de Chile.

Delegados de ambos países negocian actualmente en el Vaticano, con la me-

diación papal, para hallar una solución al diferendo que mantienen por límites en islas y aguas del extremo sur del Continente Americano.

Según la noticia que publicó en su primera plana de hoy El Economista, hay versiones de que "existen apreciables fuentes petroleras en la zona", lo que "ha llevado a que algunos directivos empresarios haya viajado al exterior a adquirir una segunda plataforma con el objeto de acelerar el proceso de explotación".

También señaló el periódico que "la noticia tendrá efectos que exceden el marco económico clásico" porque "pocos saben todavía", por ejemplo, que "una de las empresas asociadas en los trabajos exploratorios mencionados es Alparagas, que opera a través de una subsidiaria".

Es probable, conjeturó El Economista, que cuando la noticia llegue a la bolsa, "se produzca uno de los clásicos periodos de euforia de los operadores, que caracterizaron en los últimos años a otras versiones similares".